

Jesucristo no solamente pidió el amor, y lo obtuvo; anunció que sería odiado, y obtuvo ese odio; y todavía lo sufre. Hé ahí la contra-prueba; y ahí se encuentra, lo confieso, una cosa que me confunde más todavía.

Que un artesano humilde, amable y pacífico, baje un día á la plaza pública y diga: seré odiado hasta el fin del mundo; que agrupe en torno suyo á doce artesanos, tan amables y tan pacíficos como Él, y que les diga: Vosotros también seréis odiados hasta la muerte; que dicte una doctrina elevada, noble, pura y les diga: hasta el fin del mundo esta doctrina suscitará rabiosos clamores; que, muriendo finalmente, en un suplicio que debiera haber enternecido á todas las almas, anuncie que su cruz será también objeto de odio, y que habrá hombres que no podrán contemplarla sin saltar de cólera; eso es, á mi ver, incomprensible cosa. Porque, en fin, si es difícil hacerse amar, ¿es, pues, tan fácil hacerse odiar? En uno de sus admirables discursos acerca de Jesucristo, decía el P. Lacordaire: "¿Quién fué amado entre los grandes hombres? ¿Quién en la guerra? ¿Quién en la sabiduría? ¿Quién? Nómbrame uno que haya alcanzado el amor sobre su tumba." De buen grado me cojo esas palabras, y diré: ¿Quién se vió odiado? ¿Quién sobre el trono? ¿Quién en la filosofía? ¿Quién? Nombradme un hombre, un grande hombre,

un filósofo, un fundador de religión, que haya alcanzado el odio sobre su tumba. Que si algunos se han visto, un momento, perseguidos por la pública indignación, el tiempo dió un paso, llegó el olvido, y se desvaneció el odio. Sólo Jesucristo logró el honor de un odio inextinguible.

Si, pues, me parece extraño que Jesucristo se haya profetizado el odio, todavía encuentro más extraño que esta profecía se haya cumplido. Porque, en fin, ¿qué cabe odiar en Jesucristo? ¿Su fisonomía? Pero manifestamente no se vió jamás aquí abajo otra cosa más bella. ¿Su doctrina, su Evangelio? Mas vosotros confesáis que no hay libro comparable á ése. ¿Qué es, pues, lo que odiáis en Jesucristo?

Diréis: Es muy sencillo. Lo que odio, es la mentira, y una mentira es tanto más odiosa cuanto juega un papel mayor. Dieciocho siglos há, en el mundo apareció una impostura deslumbrante; hé ahí lo que odio.

Ciertamente, si tuvierais la certeza de que Jesucristo es un impostor, comprendería ese sentimiento; pero cabe desafiar á toda persona formal á que tenga esa convicción; y esto por mil razones, y particularmente por una: consiste en que hay en el mundo sobrado número de personas instruidas y de buena fe, convencidas de su divinidad. Bossuet, Pascal, Leibnitz, Grocio, Newton, todos los grandes hombres duran-

te dieciocho siglos habían estudiado, y no obstante, han doblado la rodilla ante Jesucristo; han creído en su divinidad y hecho á esta creencia notables sacrificios en su vida. Pues media la diferencia entre los que no creen en Jesucristo y los que creen en Él, de que los unos hacen sacrificios á su fe y los otros no.

Pero, sea: admito que Jesucristo es un impostor. Entonces lo que resulta falso es el amor que le tenemos. Lo que resulta verdadero, es el odio que le tenéis. Lo que, por lo tanto, debe ser fecundo, lo que debe renovar al mundo, transformar á los hombres y á la sociedad, es el odio á Jesucristo; porque si el amor, que se equivocó uniéndose á esta quimera, á este ídolo, obra cosas tales, ¿qué no hará el odio que lo echa por tierra? Pues bien; ¿qué ha hecho en favor del hombre ese odio á Jesucristo? ¿en dónde están sus obras? ¿qué pueblos arrebató del vicio y de la barbarie? ¿qué almas consoló? ¿en dónde están sus Hermanas de la Caridad, sus Hermanos de la Doctrina Cristiana? ¿en dónde sus Hermanitas de los Pobres? Hay personas que carecen de pan: ¡oh, odio á Jesucristo! ¿en dónde están tus Limosneras? Hay personas que mueren en medio del dolor: ¿en dónde están tus Enfermeras? En dónde quiera que se padece, en donde quiera que haya lágrimas, ¡oh, odio á Jesucristo! te busco y no te encuentro.

Y si nada has hecho en favor del hombre, ¿qué has hecho por Dios? Cuando has arrebatado á Cristo de un corazón, ¿has infundido en él mayor amor de Dios? A la hora presente hay todavía naciones enteras encorvadas al pie de los ídolos: ¡Oh, odio á Jesucristo! ¿en dónde están tus Apóstoles? No pregunto en dónde están tus Vírgenes, ni menos aún en dónde están tus Mártires.

Repitámoslo: ¿de dónde proviene ese odio á Jesucristo? Mahoma no fué odiado; Numa no fué odiado; Zoroastro no fué odiado; ningún fundador<sup>1</sup> de religión fué odiado. Nerón, Tiberio, Domiciano, estos monstruos sólo un instante han sufrido el odio. El odio no pudo cuajar, se agostó sobre su tumba. Sólo Jesucristo logró el honor de un odio inextinguible. ¿En qué consiste eso?

Véase: eso consiste en que solamente odiamos lo que nos sujeta, lo que nos sirve de obstáculo, lo que nos abrumba. Cuando Nerón pesaba todavía con toda la fuerza de su infamia sobre el mundo, concibo que haya sido odiado; y no me admiro de que Tácito no tuviera más que un pesar: el de no poseer un buril bastante poderoso para marcarle eternamente con un

<sup>1</sup> Hoy que ha tomado altísimo vuelo el estudio de la religión comparada, merecen leerse los capítulos que al asunto dedica el P. Caussette en su obra *Le bon sens de la Foi*.—N. del T.

hierro candente. Mas hoy que Nerón se halla tan lejano, que sus vicios duermen despreciados é impotentes en sus huesos, ¿quién odia á Nerón? ¿quién odia á Tiberio? ¿quién odia á Domiciano? ¡El odio, ciertamente, fuera demasiado: basta con el desprecio!

Y Arrio, y Nestorio, y, antes de ellos, Ebión, Cerinto, todos los grandes sofistas de los primeros tiempos, no me admira de que un San Juan, un San Policarpo, un San Ignacio sintiesen contra ellos indignada cólera. Entonces eran poderosos, desgarraban á Jesucristo, empequeñecían la Iglesia: eran obstáculos. Mas hoy que en esa gran lucha han sido vencidos; hoy que no son más que muertas, inanimadas cenizas, y que sus errores no reducirían á un niño, asombraos de que el odio haya desaparecido!<sup>1</sup>

Y el mismo Voltaire, ¿no advertís que nuestros sentimientos se han modificado con respecto á él? He conocido en mi juventud á un venerable anciano que había vivido antes de la revolución, que había visto á Voltaire en todo su apogeo, reinando, dominando, aplastando á Jesucristo con su risa sardónica; no podía hablar

<sup>1</sup> Téngase bien en cuenta la observación del autor: esos viejos errores á nadie dañarían hoy; ¿por qué no enviar eso á la Historia de la Iglesia, para dar cabida en la Teología á los estudios contemporáneos?—N. del T.

de Voltaire sin tener en sus labios algo de aquella cólera que vibra en las obras del conde de Maistre. Mas nosotros que hemos visto reverdecer cuanto Voltaire había pretendido destruir; renacer con más grande esplendor cuanto él se imaginaba desbaratar; nosotros para quienes Voltaire es, á la hora presente, un vencido; que sabemos que sus obras tan leídas por nuestros padres no lo serán por nuestros hijos, á medida que él descende, sentimos igualmente que la indignación y la cólera nos abandonan. ¡Tal es el corazón humano! Odiamos cuanto nos sirve de obstáculo, lo que con su talón nos oprime. Mas el día en que ese talón no es más que vil ceniza, ¿á qué queréis que nos cojamos para odiar? El odio parte, y el desprecio ocupa su lugar.

Solamente ante Jesucristo el odio nunca se debilitó, como igualmente jamás el desprecio llegó á existir. ¿Qué significa esto, sino que Jesucristo no cede nunca, nunca viene á menos, que sujeta las pasiones, que es rey siempre, y siempre vencedor?

Mas no está todo ahí. Hay en el odio algo mucho más profundo. Alguna vez se desliza entre dos almas destinadas por Dios á vivir juntas en íntima unión: y ¡entonces llega á ser horrible! ¿Habéis visto alguna vez el odio de dos hermanos? Cuando aparece entre esos dos seres, hijos del mismo seno, alimentados con la misma leche, que debieran de haber entrelazado sus ra-

mas durante su vida entera y prestarse mutua sombra, constituye algo que causa espanto, casi siempre algo que resulta irreconciliable. De igual manera, y mucho más aún, cuando se da entre dos esposos. ¡Ah! si habéis visto esto una vez en vuestra vida, debéis saber que de todos los espectáculos ése es el más triste. Mas en ese odio que aparece en donde el amor debiera florecer, ¿habéis notado algo extraño? Cuando un alma se dió toda entera con verdadero afecto, y se encuentra vendida, abandonada, que se encuentra con un infiel, si le aborreciese, aún lo comprendería. Si dijese con el poeta:

Te amé demasiado para no odiarte,

sea en buen hora! Pero no son así las cosas. No es la víctima quien aborrece: quien aborrece, es el infame; quien aborrece, es el infiel; quien aborrece, es aquél que ha faltado á todos sus juramentos. Y cuanto más bella y más pura es la víctima, más la aborrece. Si fuera menos intachable, la odiaría menos, porque ella le abrumaría menos. Y si á esa belleza, á esa irreprochabilidad, llegase á juntar ella beneficios; si los tuviese á manos llenas; si hubiese colmado de ellos al ingrato; si todavía siguiese haciéndolo, entonces, como le dominaría doblemente desde las alturas de su pureza y desde las de su amor, crearía en su alma una pasión que con nada podría verse nunca satisfecha.

Pues bien; lo que vemos en la tierra, sucede alguna vez entre el hombre y Dios. Cuando se vió colmado de gracias, y su alma no es bastante grande para responder con la gratitud á lo que Dios hizo en su favor, acontece que el amor, agriándose, se torna en odio, y Dios llega á ser objeto de un furor irreconciliable.

Es aquella pasión que hemos visto encenderse un día en aquel emperador que dejó un nombre tan tristemente famoso: Juliano el *Apóstata*. De las gradas del templo en el cual había sido recogido y educado; de los beneficios divinos con que había sido colmado; de las atentas predilecciones de la Iglesia que le había conservado su corona, no poseyendo un corazón bastante grande para corresponder, se volvió contra ella, y en su alma se encendió el odio. No bastaba para destruir la Iglesia; quiso deshonrarla. Todas las fuerzas del imperio romano se emplearon en eso; y creciendo en odio, á medida que iba viviendo, sólo se detuvo el día en que sucumbió en los campos de la Persia, exclamando: *¡Has vencido, Galileo!*

Es aquella misma pasión que nuestro poeta inmortal Racine presentó en una de sus obras maestras: en *Atalia*. Aquel carácter de traidor que de vez en cuando aparece para servir de descanso á la grandeza y á la nobleza de los demás personajes, ¿qué es? ¿De dónde procede? ¿Quién le infirió el odio en el corazón? El pon-

tífice lo manifiesta, desde el comienzo, en un verso famoso:

“Este templo le importuna, y quisiera su impiedad aniquilar al Dios á quien dejó abandonado.”

¡Hé ahí el odio contra Dios! ¡Hé ahí el odio contra Jesucristo! Porque jamás andan separados. El que ama á Dios, ama á Jesucristo. El que odia á Jesucristo, odia á Dios. A los ojos de la humanidad, no hacen sino uno en el amor y en el odio. Pues bien, después de haber alcanzado una mancomunidad semejante, ¿no comprendéis que eso es ser Dios?

### VIII

Ante tales hechos, de pretensiones tan extraordinarias y aun más extraordinariamente realizadas; sobre todo, ante las palabras tan claras, tan precisas, tan acordes, con las cuales afirmó Jesucristo su divinidad, y exigió todos los homenajes, tan sólo restan, á los que se niegan á creer, dos partidos que tomar: combatir el propio testimonio de Jesucristo, si tienen por ciertos los Evangelios, ó bien dudar de los Evangelios mismos.

Combatir el testimonio de Jesucristo, esto es, suponer que, por falta de luz, de clara inteligencia, hubiese podido, de buena fe, equivo-

carse acerca de su propia naturaleza, ó que, por falta de sinceridad, haya querido engañarnos!

En ambos casos, Jesucristo desciende más allá de Sí mismo y de todo. Nada queda en pie en su vida; nada ya se explica en su carácter. Todo se conmueve y se contradice, y el ánimo espantado retrocede ante las imposibilidades, que unas sobre otras se amontonan. “¿Por ventura se da unión posible entre la luz y las tinieblas?” decía el poeta. No, evidentemente. No se podría hacer que juntos viviesen en un mismo lugar, en una misma alma, el sol y las tinieblas, la verdad y la mentira, la pureza absoluta y el fraude, la clara inteligencia, la intuición sublime y la ilusión grosera. Son dos elementos que luchan. Si la luz está allí, arrojará las tinieblas. Si el Cristo es lo que hemos visto, un sér tan puro y tan santo, tan absolutamente humilde y modesto, tan perfectamente apacible y dulce en su luz, libre de toda exaltación, de todo entusiasmo, no pudo equivocarse acerca de su verdadera naturaleza. No pudo creerse Dios. No pudo decirlo, si no lo creía. Hé ahí todo un aspecto de su carácter, el aspecto luminoso que excluye al otro, absoluta, radicalmente, como el sol excluye las tinieblas. ¿No veis que en esa mente sublime, límpida como el cielo, en ese gran corazón, del todo puro y transparente como el cristal, en ese carácter sano y vigoroso en todos conceptos, siempre entero y seguro de sí mismo,

no hay lugar alguno para una ilusión tan radical, tan asombrosa y para la embriaguez de un sueño semejante acerca de su naturaleza, y más aún para los miserables medios con que convencer de ello al mundo? Hé ahí la evidencia misma. Es, vuelvo á decirlo, el sol que excluye por entero las tinieblas.

Si por el contrario creéis que Jesucristo se equivocó, que por falta de clara inteligencia se creyó Dios, ó que por falta de sinceridad quiso hacérselo creer, sea. Pero entonces ya no es santo; ya no es grande. Suprimid esta frase de Pascal: "Fué humilde, paciente, santo, santo á los ojos de Dios, terrible para los demonios, sin pecado alguno." No hay nada de eso. Tenemos todo lo contrario. ¿Cómo sería humilde, y modesto, y perspicaz, si no siendo más que un hombre se creyó Dios? ¿Cómo sería santo, si sabiendo que no lo era, sin embargo, lo dijo? ¿Cómo sería grande, si para hacerlo creer, empleó miserables é indignos medios? Pero qué, ¡Jesucristo no fué grande! Cómo, ¡no fué amable, modesto, humilde, divinamente hermoso en su vida y en su muerte, ideal y sublimemente puro en el más leve aliento de su pecho, en el más imperceptible latido de su corazón! ¿Qué creer entonces? ¿Qué decir? ¿En dónde queda todavía algo cierto, algo que pueda yo admirar, amar, venerar? ¿En dónde está lo cierto, en dónde el bien, en dónde lo bello, si Jesucristo

no es más que una ilusión, mentira, fraude, fealdad moral, unida por no sé qué monstruoso misterio á la más divina grandeza que se vió jamás? Medítese, medítese esto. Es forzoso sostener el carácter. No cabe inspirar juntamente el desprecio y el amor, la adoración y la repugnancia. No hay medio. Tal como Jesucristo aparece en el mundo, es forzoso de toda necesidad ó que caiga por tierra, ó que nosotros caigamos á sus pies. Él es todo ó no es nada.

¿Intentaríais aminorar la dificultad alejando de Cristo la acusación, y haciéndosela á los Apóstoles y á los Evangelistas? ¿Diréis que éstos fueron los inventores de esa fábula y que nos la hicieron aceptar? Mas vais á chocar con una porción de imposibilidades. "Se necesita, además, dice Bossuet, que la más vigorosa persuasión que se vió sobre la tierra, y acerca del más increíble asunto, y en medio de las pruebas más difíciles, y entre los hombres más incrédulos y tímidos, tenga una causa aparente. La ficción no va tan lejos, la sorpresa no dura tanto, la locura no guarda tanto orden. Porque, en fin, extrememos el razonamiento de los incrédulos: ¿qué piensan acerca de nuestros santos Apóstoles? ¿Qué? ¿Que habían inventado una hermosa fábula que se complacían en anunciarla al mundo? Pero la hubieran hecho más verosímil. ¿Que eran unos insensatos y unos imbéciles que no se entendían entre sí? Mas su vida, sus escritos,

sus leyes y la sagrada disciplina que han establecido, y finalmente, el mismo acontecimiento, prueban lo contrario. Es un caso inaudito que tan mal inventa la sagacidad, ó que tan afortunadamente ejecuta la locura. Ni el proyecto nos ofrece hombres astutos, ni el éxito personas desprovistas de sentido. Nos dicen ellos: "Hemos visto, hemos oído, hemos tocado con nuestras manos, y con frecuencia, y mucho tiempo, y varios reunidos, á ese Jesucristo resucitado de entre los muertos." Si dicen verdad, ¿qué cabe responder? Si inventan, ¿qué pretenden? ¿Qué ventaja, qué recompensa, qué premio por todos sus trabajos? Si algo esperaban, sería ó en esta vida ó despues de su muerte. ¿Esperar en esta vida? Ni el odio, ni el poder, ni el número de sus enemigos lo consienten. Hélos, pues, reducidos al porvenir; y entonces, ó bien esperan de Dios la felicidad de sus almas, ó esperan de los hombres la gloria y la inmortalidad de su nombre. Si esperan la dicha que el Dios verdadero promete, claro es que no piensan en engañar al mundo; y si el mundo pretende figurarse que el afán de distinguirse en la historia haya consistido en halagar sus ánimos groseros hasta en sus barcas de pescadores, diré tan sólo una palabra. Si un Pedro, si un Andrés, si un Juan, en medio de tantos oprobios y persecuciones, han podido adivinar desde tan lejos la gloria del cristianismo y la que

les tributamos, no exijo nada más poderoso para convencer á todas las almas razonables de que eran hombres divinos, á los cuales no solamente el espíritu de Dios, sino también la fuerza siempre invisible de la verdad, hacían ver, en lo extremo de la opresión, la victoria segurísima de la buena causa.<sup>1</sup>"

Hé ahí algunas de las dificultades expuestas con la lógica, el vigor intelectual y la elocuencia de Bossuet. Pero hay otras, una sobre todo, mayor que todas éstas, absolutamente insoluble, que el mismo Rousseau había entrevisto, y que la crítica moderna elevó ya á un grado tal de lucidez, que no admite réplica. Decís que los Apóstoles son quienes inventaron el carácter del Cristo, su vida, su muerte, aquel plan, aquella fisonomía. Rousseau contestaba: "El inventor sería más asombroso que el héroe." La crítica moderna va más allá; dice ella: "El inventor se hace imposible; para inventar el carácter de Jesús, habría sido necesario ser Jesús."

Ya he citado, al hablar de los Evangelios, los textos notabilísimos de Channing, de Goethe, del autor anónimo de *Ecce Homo*,<sup>2</sup> mostrando la imposibilidad en que se hallaban los Apóstoles para crear un carácter que les es absolu-

<sup>1</sup> BOSSUET, *Panegirique de Saint André*.

<sup>2</sup> En la colección de *La Controverse*. año de 1886, si no me equivoco, se habla de una obra con este título y allí puede verse el juicio de ella.—N. del T.

tamente superior. Porque, séame permitido insistir, no se trataba, como antes de ahora se decía, de inventar un hecho, el hecho de la resurrección, por ejemplo, lo cual es ya imposible, ni de vestir y arreglar algunos sucesos; se necesitaba crear un carácter capaz de sostenerse. Pues bien, si los Apóstoles lo hubiesen intentado, habrían creado un carácter humano y probabilísimamente un carácter judío; un rabí perfeccionado, como Hillel ó Gamaliel; á lo sumo un profeta, como Elías ó Juan Bautista, y si, exaltándose por salir de los tipos conocidos, hubiesen extremado las proporciones, no hubieran creado un carácter vivo. Porque de crear un carácter como el que hemos visto desarrollarse á nuestra vista, es decir, el más extraordinario, el más nuevo, el más original, el menos conforme con todas las ideas del tiempo, opuesto á todas las aspiraciones judías, el menos humano, en una palabra, por mejor decir, el más sobrehumano, humano y divino á la vez, y no obstante, vivo, es de lo que ellos eran absolutamente incapaces. Llámale hombre: ¿dónde, pues, habrían encontrado ellos la idea de aquella santidad perfecta, de aquella vida inmaculada, de aquella completa ausencia de faltas que no es propia del hombre? Le creen Dios; ¿cómo le hacen tan débil? ¿No saben trazar una muerte incesante? "Sí, dice Pascal, porque el mismo San Lucas presenta la

de San Esteban más vigorosa que la de Jesucristo.<sup>1</sup>" Y aquel inefable sermón de la montaña, y el de la Cena, y las profecías de la ruina de Jerusalén y del mundo, y aquellas vivas intuiciones de la crisis del tiempo; si todo esto no procedía de Jesús, ¿quién, pues, habría podido crearlo? "Admitamos, dice Parker, que Platón y Newton no hubiesen existido nunca. ¿Quién, pues, entonces ha obrado sus maravillas y tenido sus pensamientos? Para inventar un Newton, necesario fuera ser un Newton. ¿Quién es el hombre que podría haber fabricado un Jesús? Solamente hay un Jesús que fuese capaz de eso."<sup>2</sup>

Es, pues, imposible que un solo hombre haya concebido, haya inventado por entero un carácter como el de Jesús, que traspasa tan por completo todos los datos del humano espíritu. ¡Cuánto crece la dificultad al ver que en lugar de haber sido creación de uno solo, lo fué de varios! Y no se diga que cada evangelista nos ofrece un Cristo distinto. Porque eso desde luego es falso; la prueba está dada. Además, en esta hipótesis, en vez de un milagro, tendríamos cuatro. Efectivamente, el Jesús de cada Evangelista es admirable, inimitable, absolutamente superior al escritor que lo dibujaba.

1. PASCAL, *Pensées*, II, 325.

2 TRODORO PARKER, *Discours sur des matières relatives á la Religion*, 1849.

Además, es completo. Fijémonos tan sólo en el Jesús de San Mateo; inutilicemos los otros tres Evangelistas; no hay duda que perderemos algunos tesoros. Mas el Jesús de San Mateo bastará para que el mundo se postre en adoración. Ahora reunidos. Fundamos estos escritores de tan diferente género, estilo, lengua y punto de vista; resulta siempre el mismo Cristo, cuya radiante y sublime figura no se confunde jamás con ninguna otra. En cuatro páginas diferentes Jesucristo aparece el mismo, divinamente hermoso en cada una, y en una y otra, tan superior á sus humildes pintores, que muy lejos de poder crearlo, ni siquiera capaces eran de copiarlo. Es la confesión que á Renan se le escapa, en uno de esos momentos en que la verdad se impone aun á los que la niegan, como el sol que penetra á través de los párpados mal cerrados de los ciegos voluntarios. "Muy lejos de que Jesús haya sido creación de sus discípulos, dice, Jesús aparece en todo como superior á ellos. Estos, á excepción de San Pablo y San Juan, eran hombres sin inventiva ni genio..... En suma, el carácter de Jesús, *lejos de haber sido embellecido por sus biógrafos, fué achicado por ellos.*"<sup>1</sup>

Si son incapaces de *embellecerlo*, si hasta lo han *achicado*, "si es del todo superior á la mente

1 RENAN, *Vie de Jesus*, XXVIII, 450.

de sus discípulos," como dice Parker, "si aun sobrepuja, como dice Channing, la inteligencia humana," no es, pues, creación de ellos. Existe independientemente de ellos, antes que ellos, y más grande que ellos. Es, pues, enteramente real y enteramente histórico. Es la última palabra de la crítica moderna.<sup>1</sup>

¿Qué decir ahora, para terminar este asunto, acerca de una hipótesis que alcanzó momentánea boga en Alemania, y nunca en Francia, á pesar de los esfuerzos que se han tentado con tal objeto? Porque si el genio francés tiene sus flacos, le cabe la gloria de una claridad que no le permite acostumbrarse á tales nebulosidades. Hablo de la hipótesis mítica de Strauss. Ni un escritor, ni varios, entiéndanse ó no, habrían podido crear un carácter que sobrepuja tan entera y absolutamente los recursos del humano entendimiento; ¡y se pretende que haya salido de la incubación lenta, profunda, inconsciente del pueblo! ¡El libro más bello que jamás hubo iluminado, consolado y encantado á la humanidad, habría sido creación de todos, es decir, de nadie!<sup>2</sup> ¡Esa figura que ningún pin-

1 Véase acerca de este punto, la obra del Abate Vigouroux, recientemente publicada, en la cual hace una demostración arqueológica del Evangelio.—N. del T.

2 Acerca de las bellezas literarias del Evangelio, véase la obra del Abate Vernioles, *Les Récit Evangeliques*.—N. del T.

cel, aun cuando fuese manejado por la diestra magistral de un Rafael, de un fray Angélico, de un Leonardo de Vinci, de un Van-Dyck, su-  
 po embellecer; que permanece más bella que la belleza, se habría hecho enteramente sola! ¡Hab-  
 bría salido, mediante sucesivos embellecimien-  
 tos, del corazón y de las entrañas de las prime-  
 ras comunidades cristianas! Pero me será per-  
 mitido hacer aquí una sola pregunta: Esas co-  
 munitades, ¿quién las formó? ¿Cómo han llegado  
 á ser cristianas? ¿No es el Cristo conocido, ama-  
 do, adorado como Dios y como hombre, quien  
 formó el pueblo cristiano? Entonces ¿cómo es,  
 pues, el pueblo quien formó al Cristo? No que-  
 réis que proceda de la fecha histórica de los  
 Evangelios. ¡Sea! Pero no podéis negar la fe-  
 cha de los Hechos de los Apóstoles, ni la auten-  
 ticidad de las Epístolas de San Pablo. Pues bien,  
 ambos monumentos llenos están con Jesucristo,  
 En ellos Jesucristo aparece como centro, lazo,  
 cimiento y arquitecto de todas las primeras co-  
 munitades cristianas! ¿Cómo, pues, habrían  
 sido ellas creadoras del Cristo, puesto que de Él  
 proceden ellas? ¿Si son ellas quienes, mediante  
 sucesivas é inconscientes pinceladas, han tra-  
 zado esa sublime fisonomía que ha encantado  
 al mundo, ¿por qué, pues, ellas mismas han su-  
 frido el encanto?

Fuera de esto, no se discute ya este asunto.  
 Está muerto. Ha sucumbido, no bajo los esfuer-

zos de la razón, porque lo ilógico y la sin-  
 n tienen tantos encantos para ciertos espíritus!  
 Dos hechos le dieron muerte: el descubrimiento  
 de la traducción siríaca de los Evangelios por el  
 doctor Cureson, y el del *Codex Sinaiticus* por  
 M. Tischendorf. Para una incubación semejan-  
 te, requiérese tiempo. Pues bien; no lo hay. Hé  
 ahí lo que han demostrado esos dos trabajos  
 arqueológicos. Esto dejó relegado el libro de  
 Strauss á la categoría de los papeles viejos.

## IX

Mas dejemos los Evangelios, en los cuales  
 vive, en los cuales vivirá siempre, sin vanos  
 adornos, sin frases, en el estilo más sencillo, la  
 deslumbradora figura del Hijo del Hombre, be-  
 lleza que bastará para defenderle de todas las  
 dudas, y para llevar á Él un día ú otro todas las  
 almas. Después de todo, no tenemos otro medio  
 para formarnos juicio acerca del carácter de  
 Jesucristo. Podemos, además, juzgarle por su  
 obscuridad, como dice Parker, ó más bien por  
 la luz que ha proyectado sobre el mundo. Pode-  
 mos apreciarle mediante los grandes efectos de  
 su palabra, según los resultados de su vida y de  
 su muerte. ¿Qué era el mundo antes de Él? ¿Qué  
 vino á ser después? Probemos á estimar el va-  
 lor de la transformación que le hizo sufrir, de  
 la belleza intelectual, moral y religiosa que le